



DE BUENAVISTA AL BRAVO

UN tenía en la boca lo amargo del matinal adiós dejado entre besos en el lloroso hogar; procurando disimular el estado de esta mi alma cobarde é inquieta ante toda perspectiva de movimiento material (así me la legaron dos ó tres generaciones de sedentarios y lectores), decía á los amigos (muy pocos, por cierto, pero muy buenos y muy míos): «No voy á ver los Estados Unidos, voy á *entreverlos*; puede ser que me atreva alguna vez á interrogar á las cosas, pero nunca á los hombres. Y no es mala mi razón; si creo poder traducir el inglés, no creo poder hablarlo y estoy seguro de no entenderlo; permaneceré, pues, incomunicado de antemano con la sociedad al través de la cual pasaré á todo escape como un sordomudo. Esto puede tener sus encantos; mas deben de ser mayores sus inconvenientes. . . . Por ahora, invitado por un hombre noble y generoso, que, más que un hermano de mi madre, ha sido para mí un paternal amigo, voy á *formarme una idea*, como dicen, de la grandeza en *crescendo* prodigioso que, desde niño, soñaba ver. . . .»



*

Y mientras pensaba estas cosas y otras, había pasado de los brazos de mis amigos á los muelles y calientes cojines del *Pullman*, y el tren devoraba kilómetros al ritmo presuroso de sus enormes herraduras metálicas que golpeaban á compás el acero de la vía. Por mi ventanilla abierta veía distraídamente un vulgar cielo de zafir maculado de nubes blancotas con vientre gris que despuntaban la serranía azulosa del anfiteatro del fondo; más acá, la ondulación verde amarillenta de los collados estériles y secos; aquí cerca, los nopales formados en batalla, ofreciendo al caminante, en gruesos platos de espinas, las esponjas de agua azucarada y fresca de sus tunas blanquizas; de cuando en cuando los chopos y los mezquites cortaban con una mancha sombría aquel paisaje de desierto que salpicaban con sus pirámides de pías algunos centenares de magueyes. Aquello me parecía triste y feo; no eran una nota alegre los caseríos que, de tiempo en tiempo, agrupaban sus techos rojizos junto á los surcos barrancosos de riachuelos invisibles. Todas esas tintas se fundían en mi retina en una impresión monócroma; los indios que surgían de repente en las orillas de los secos y abortados maizales, tenían color de paisaje. Y, sin embargo, acabé por sentir algo de dulce y musical en aquella tonalidad fría y melancólica; los hilos del telégrafo, rígidos y en fuga perpetua, pautaban esa música sin notas. . . .

Y seguía el galope metálico del tren, al que mis compañeros de viaje y yo, acomodábamos versos capaces de poner los pelos de punta á las academias de la lengua en ambos mundos; ya nos acercábamos á las ventradas colinas que con sus perfiles bajos cortaban el horizonté, ya las veíamos huir y dispersarse momentáneamente, mudándose de golpe la decoración, formada ahora por una amplísima superposición de lejanías, circuida por las curvas incesantemente rotas de las montañas azules. . . . ¡Un río! ¿de agua, de tierra? De piedra probablemente, porque yo no ví más que bloques y guijarros.



*

¡Ah! infeliz de aquel que emprenda este viaje atenido á las *latas* de carne salada y de frijoles blancos del *buffet*; morirá de fastidio y de inopia; porque aquellos manjares son de una cruel monotonía y porque media libra de ternera conservada cuesta tanto como una vaca lechera. La amable previsión de las señoras, nuestras compañeras de viaje, nos libró de este fin dramático y prosáico, y ante las cestas y paquetes de tentadoras provisiones, pronto tomados por asalto, y saboreando un Oporto suave al paladar y al espíritu, miraba al soslayo y con profunda lástima el tapiz verde cendrado de los lomeríos, los grandes y caprichosos florones negros que estampaban en él las nubes, los surcos oscuros de los linderos, las repentinas pirámides elegantes de las montañas, las casucas ladrillosas por encima y por abajo inicuamente pardas, y me estremecía con la pasiva compasión de un sibarita, mientras sorbiendo una taza de café ideal, veía cerca de una estación un caballo más seco y pedregoso que la tierra que pisaba y el zacate de palo que comía filosóficamente. . . . El que se conforma es un animal, el que se resigna es un filósofo; este caballo era ambas cosas.

*

No, yo no pretendo hacer una «guía de paisajes para los viajeros del Ferrocarril Central;» á otros esa gloria; yo de vez en cuando levanto los ojos del libro en que leo soñolientamente (¡oh irreverencia!) los tercetos del Dante ó los diálogos y escenas absurdas de una novela del papá Dumas que no había leído nunca, *La San Felice*, y veo por mi ventanilla. Sucede alguna ocasión, que tomo mi cuaderno de viaje y apunto, en caracteres indescifrables y trepidantes, una que otra notita. . . . Mi biblioteca de camino se compone de un tomo en que está toda la *Divina Comedia* y cuatro tomos ó cinco de novelas de Dumas. ¿Tienen éstas mérito literario? me preguntaba. Francamente creo que no; pero al través de su estilo y de sus pinturas de brocha gorda, algunas

veces ingenuas y vivaces, vemos esa gran fotografía vieja, descolorida y deliciosa que se llama la juventud, la primavera para siempre ida Y en los renglones de la novela de Dumas me parecía que paraban las golondrinas que no vuelven y asomaban entre ellos sus delicadas cabecitas rubias las flores que no resucitan, y

La piel de las montañas, rugosa y gris como la de los elefantes, se tigreá con frecuencia con las sombras rápidas de las nubes; la sierra que está á mi vista, chata y trivial, baja por ambos lados de la vía. Entre los picos basálticos, leprosos acá y allá de vegetación sedienta y triste, se abren brechas enormes que se llevan nuestra mirada hacia amplísimas graderías de planicies, entre las que espejea á trechos el agua cenagosa de las presas. Al Norte, bañándose erguido y fiero en el azul lácteo de la atmósfera, se destaca el *Peñón de Bernal*; me recuerda á la pirámide de Saquarah, que no he visto; no importa, me la recuerda, es su amplificación máxima.

*

San Juan del Río es esto: unas torres, después otras torres; siguiéndolas aquí, rodeándolas allá, los cubos blanquecinos ó pintarrajeados de las casas ceñidas de árboles, perdidas alguna vez entre ellos. No deja de ser gracioso el aspecto ya pasó, ya se perdió. Solo es cierta la luz cruda y flava del sol, que extrae, por miriadas de intangibles cánulas de oro, todo el jugo de la tierra que queda exangüe y muerta. Las nubes, en el mar ofuscante que brilla sobre nuestras cabezas, se arman como flotas de piratas medioevales en las ensenadas del horizonte, y desplegando las inmensas alas membranosas, vogan en el aire cerúleo, seguidas de enjambres de peces vaporosos de formas insoñadas.

Ábrese á nuestra vista un circo de tierra, cuyas gradas están alfombradas de vegetación; en el último término los altísimos conos empenachados de humo de la fábrica de Hércules. Desfilamos á todo vapor entre grupos de árboles verdes y lustrosos, y por instantes se eriza la perspectiva de campanarios de todos

los tamaños, pero de un solo tono. Pasamos por un claro de un magnífico acueducto, muy alto, muy sencillo, de espacios majestuosos, entre los cuales se recortan en marcos ovalados los montañosos horizontes; dos minutos después de haber pasado bajo ese arco triunfal, el tren se detiene trabajosamente entre una multitud gárrula que ofrece en tumulto ópalos, verdosos como los ojos de las muchachas de San Juan del Río, y el delicioso pan azucarado y fino de los camotes de Apaseo.

*

¡Tantos recuerdos tiene para mí Querétaro! ¡He pasado ahí tantas horas angustiosas! He vivido ahí, enfermo en una casa hospitalaria, tantos días que me parecían siglos, que no podía mirar, sin conmovirme, el panorama efímero de la ciudad; es casi lo único que de ella conozco, á pesar de haber sido su huésped. Séame dado contar alguna vez los episodios de mi vida, solo interesantes cuando están ligados á los del gran drama que los hombres de mi generación han presenciado y en algunas de cuyas escenas he sido actor de quinto orden, si de casi todas espectador atento y apasionado. Entonces diré lo que nosotros sentimos y supimos y creímos del movimiento que se llamó *decembrista*, tan calumniado y ridiculizado *porque no triunfó*. Esas memorias serán estimadas acaso, porque serán sinceras, aunque me martirice hacer pasar el jugo de mi corazón á mi espíritu y teñirlo de negro en la punta de mi pluma

Contaba á mis compañeros de viaje, con motivo de mis recuerdos de Querétaro, que ya se esfumaba y desvanecía en las lejanías vespérales, un hecho singular del orden psíquico que mis lectores tendrán que creer, porque lo afirmo bajo mi palabra de honor.

Habíamos recibido instrucciones para reunirnos con el Sr. Iglesias que nos esperaba en Salamanca, y partimos por grupos rumbo á Querétaro. En el primer grupo íbamos el general Angulo, Franz Cosmes, Lauro Arizcorreta, mi hermano Santiago, que no se separaba ni se ha separado de mí, y yo. Esperaban en la puerta de la Casa de Diligencias de Querétaro el coronel Ban-

dala y otras personas, al General Cervantes que no llegó hasta el día siguiente. Tomábamos nuestros cuartos en el hotel, cuando un oficial, compañero nuestro también, nos dijo que estábamos descubiertos, que íbamos á ser aprehendidos, que el coronel B. había teleografiado al general Escobedo, etc., etc. Inmediatamente salimos todos del hotel, y José García, hermano de Telesforo, que residía con su familia en Querétaro, y yo, nos dirigimos á su casa. Estábamos cenando cuando se presentó el Administrador de la casa de diligencias, que hoy ocupa una excelente posición financiera en Chihuahua, y luego los otros compañeros: la alarma era infundada, no había la menor señal de que vigilaran el hotel, el comandante militar se había ido á dormir, he aquí los informes que todos llevaban. Quedó convenido, sin embargo, que yo permanecería en la casa de mi amigo García, y á buena hora tomaría la Diligencia en una calle cercana al hotel. Los demás volvieron á su alojamiento acompañados del Administrador, y, poco después, descansaba yo, en una excelente cama, de las caricias del carruaje que precedió á los *Pullman-cars* en las sierras del Anáhuac.

Soñé que el hotel de Diligencias había sido invadido por la tropa, que se me buscaba para aprehenderme, que Angulo y los otros compañeros habían tenido que huir por las azoteas, y que se trataba de inquirir en dónde estaba yo; lo ví todo con sus detalles y sus incidentes cómicos y dramáticos. . . . Desperté sobresaltado; me incorporé rápidamente, y todavía no volvía mi corazón á su ritmo normal, cuando ya estaba lavado, vestido, listo; metía yo en su funda, unida á mi cinturón, un magnífico revólver (que me sacó después de un grave apuro. . . . de dinero, en los días de inopia que sobrevinieron) cuando oí, en la puerta del zaguán, los tres golpes que con el Administrador habíamos convenido en caso urgentísimo. García vino azorado á mi pieza: «vístase en el acto y vámonos, le dije, no hay tiempo que perder.» Un minuto después, el Administrador nos refería todo lo que yo había soñado; á las pocas horas le refería yo el caso al General Antillón en Celaya.

*

Á través de los árboles se columbra un gran velo gris perla, dulcemente tornasolado de oro; á veces se pliega y se riza con joyanteos de seda; enfrente las nubes inmóviles; debajo de un dosel azul *flecado* de púrpura, el globo rojo del sol cuelga tangente por su extremo inferior á un mar crespo de espumas de fuego. Después, el sol naufraga, la luz se ahoga con palideces divinas, como en un espasmo de placer, todo toma el azul negro de la cianosis, y muere el día asfixiado. La noche, entrevista por la ventanilla de mi camarote, tiene color de sueño. . . . Pasan las horas; de repente pára el tren; rumor de gentes que entran y salen; el negro que pasa, un camarote que se abre con ruido de cadenas y de anillos de cortinajes, después unos gritos lamentables afuera. ¿Qué grita ese hombre, Dios mío? Pide auxilio sin duda! Algún crimen! Dice *¡una toalla! ¡una toalla!*—Vendía toallas aquel energúmeno. Desfiló ante nosotros una estación. Era Aguascalientes.

Ondulaciones de montañas anegadas en sombra á lo lejos, tierras que parecen muertas aquí cerca, ese era mi espectáculo incesante por la doble vidriera de mi camarote. Un vago vislumbre me permitió ir poco á poco viendo mejor. En el gris amarillento del suelo resaltaban mechones de yerba corta y verde; el perfil de las montañas se aclaró y el cielo fué una infinita cúpula de amatista; bandas de nubes negras desplegaban sus alas inmóviles sobre los bordes del Oriente; bajo ellas el cielo azul toma una tinta verde levemente franjada de amarillo de girasol. Súbitamente toda la parte baja de las nubes se enciende en gloria de luz, todo el nublado se ensangrienta; en el suelo un gran lampo de oro. Aquello fué un relámpago, como si allá abajo, en lo invisible, se hubiese abierto y cerrado una boca del mar de claridad y hubiese reflejado en el espacio un enorme y fugaz escardillo. Las nubes tornan á su azul plumizo; pero el horizonte es de cristal ígneo y transparente y el domo celeste es un zafiro. Surge de golpe el sol, sin transición, sin permitir buscar una

metáfora, surge como una sorpresa; es exactamente como un ojo que despierta, como una pupila repentinamente abierta y que todo lo viese de golpe. Pronto las fajas oscuras de las nubes lo deforman, lo cortan, lo ocultan luego. Y tal es la *mise en scène* de una aurora en Zacatecas.

*

Seguimos á todo escape hacia las regiones inhabitadas, seguimos bajo un cielo color de plata viva, por un suelo que se levanta hacia nosotros, se disuelve en átomos infinitos y nos envuelve y nos engulle en su silencioso huracán de polvo. La yerba entrevista no tiene savia, sino tierra en las venas; aquí y allí algunas chozas de adobes claros indican la presencia del hombre que ha hecho más desolada la esterilidad en torno suyo. Las cercas de piedras blancas, colocadas prehistóricamente, parecen más bien denunciar un antiguo *paraje* chichimeca, que una aldehuela en nuestro siglo. Pero nuestro siglo está allí presente en forma de telégrafo, cuyas altísimas cruces grises, unidas por las fibras metálicas, parece que huyen á grandes zancadas kilométricas hasta el confín del desierto; nuestro siglo va y viene con el tren de vapor. Alguna vez en esta tierra que jamás ha bebido agua, el agua vendrá del pozo, de la presa, del oasis, y con solo eso podrá una nación acampar cómodamente en estas soledades y abonar con su guano estos páramos. Lo triste y lo encantador en nuestro país, son estos contrastes de civilización refinada y de incultura absoluta, de climas que se atropellan en una escalinata de montañas, de ciudades y soledades, de desiertos muertos de sed que se puedan contemplar paladeando un vaso de limonada fría y deliciosa. Dos cerros al Poniente nos ven desfilan, á pocos minutos de distancia de las tribus que vinieron á poblar el Anáhuac, á pocos segundos de las hordas de apaches que surcaban estas extensiones incoloras; porque unos cuantos centenares de años, ¿qué pueden ser sino un día para estos incommovibles? Son dos conos severos, correctos, inmensos, bajo sus fundas grises.

Camacho.—Huímos del desierto que no nos dejará escapar; sigue, nos sigue con su color urinoso, el de esta inacabable tierra sin cesar entrevista bajo los eternos matorrales de huizache, un árbol impotente para llegar á serlo; las yerbas bajas son verdaderas esponjas de polvo. Rompen la alfombra gris grupos de cácteas que pegan al suelo sus paletas de un verde anémico, coronadas de tunas, como manos enfermas. Las dos cadenas de la sierra nos siguen desde lejos; al Poniente las cimas son trapezoidales, sin cúspides, caprichosamente truncadas por altísimas mesas, que recortan, en el azul crudo del cielo, sus prolongados perfiles horizontales; parecen los mausoleos de las humanidades prehistóricas muertas de sed.

Symon.—¡Oh ventura! la tierra está húmeda; grandes charcos de agua cerca de la vía indican que un copioso é inusitado aguacero proporcionó á la raquítica vegetación de estos contornos, la deliciosa sensación del agua, y grandes nubarrones elásticos que se divierten en imitar las formas de todos los monstruos de la fábula, prometen una segunda edición de lluvia para hoy. ¡Ojalá; esta sí que es agua bendita!

Jimulco.—Las montañas, viniendo del horizonte del desierto, se juntan, se *conectan*, como dicen los ferroviarios, con la vía misma que pasa por el cañón estrecho que entre ellas queda. Son curiosos estos vástagos de la Sierra Madre Oriental, al través de los que nos abrimos paso para lanzarnos á las estepas inmensas de Chihuahua y Coahuila. En primer término, colinas verdosas; más allá un enorme bloque de granito gris y rojo, muy característico, *muy bien*, parece un enorme aerolito lamido durante cien mil años por la atmósfera terrestre; luego la serranía que aleja tumultuosamente sus grupas redondas. Aquí abajo, los *izotes*, palmeros enanos de estos desiertos, yerguen por millares sus troncos secos y sus penachos de púas metálicas; se me antojan momias de caudillos apaches que erizan en el viento sus testas pomponadas de dardos.

Hornos, Jimulco, Torreón, pequeños oasis de estas sabanas: en Torreón, centro de cierta importancia que puja por parecer una aldea americana, á la sazón que tomaba una agua amarga, espumosa y fría que me costaba cuatro reales, y que, en suma, era tan detestable como todas las cervezas que adora Urbina, unos chiquitines harapientos, negros y graciosos, me rodearon pidiéndome centavos; eran gitanillos que venían de un campamento que se veía á cien varas de nosotros, como una mancha de grasa sucia. De repente se abrió paso entre ellos, resuelta y brava, una muchacha, apenas núbil, de color de tabaco, esbelta como una canéfora bajo sus andrajos azules, amarillos y rojos que cerraba sobre el pecho, bajo las sartas de coral, con una mano afilada y elegante, mientras tendía la otra hacia mí. Le dí una moneda blanca, y una risa de placer esmaltó, sobre sus dientes de marfil, el doble arco rojo de su boca sensual y grande, á la vez que sus ojos, inmensos y azules á fuerza de negros, se iluminaron como un relámpago nocturno. ¡Ah! si hubiera podido tener ahí á Izaguirre para que me *apuntase* con seis pinceladas francas aquella bayadera infantil!

Bifurcó nuestro camino en Torreón, á la entrada del Bolsón de Mapimí. Costeando la parte meridional de la cuenca del Nazas, nos lanzamos rumbo á la Sierra Madre Occidental, cortando diagonalmente el Estado de Coahuila. Reaparece el desierto; pero más vasto, más desolado, más incurable; en una vaga y esfumada lejanía de este nuevo imperio del polvo, las dos cordilleras bajas parecen hundirse, acotando una brecha titánica en el horizonte. Al fin la noche amortaja al polvo en su manto negro, y nos dormimos fatigados en los buenos carros del Internacional. Despertamos en Piedras Negras ó C. Porfirio Díaz.

*

Septiembre 30.

Eché una ojeada á la aurora; no valía nada, era una aurora de talco y oropel. El cielo no hacía caso del sol y estaba hulloso, bajo, cargado de humo y de agua. En las ondulaciones del te-

rreno, un poco más densamente manchado por la vegetación, acampaban inmóviles largas líneas de wagones rojos. Detrás de la estación, entre árboles y jardinetes, se ven los perfiles de bonitas casas de madera. Acá y allá esbeltas chimeneas lanzan sin cesar humo negro.

El Bravo.—Aquí es un brazo de agua cenagosa, encajonado en una barranca vulgar, con un islote herbáceo en el centro. Pasamos sin emoción los linderos de la Patria; al parar del otro lado (Eagle Pass) oímos un repique en el campanario parroquial de C. Porfirio Díaz. La emoción vino entonces; aquello era muy lejano, muy melancólico, muy dulce; oíamos aquella voz con la garganta anudada por un sollozo; parecía que era la campana del hogar que nos decía adios. Hasta la vista, contestamos con el corazón, y caímos en manos de los aduaneros de la tierra clásica de la libertad. Eagle Pass es una bandera americana muy alta, una aduana y unos furgones de carbón.